

# Con tinta arcoíris

**Primer  
concurso  
literario  
disidente**

**Región  
Metropolitana  
2022**

CON TINTA ARCOÍRIS

Primer concurso literario disidente

© Diverses autores

© Municipalidad de Cerro Navia

© OFICINA DE DIVERSIDAD Y DISIDENCIAS

SEXUALES

© CERRO EDICIONES

Octubre de 2022

Cerro Navia, Santiago, Chile

Diseño y diagramación: Eduardo  
Fariás Ascencio



Con  
tinto  
arcoíris

**Primer  
concurso  
literario  
disidente**

**Región  
Metropolitana  
2022**



**DIDECO**  
Derechos Humanos  
e Inclusión Social  
Oficina de Diversidades  
y Disidencias Sexuales



CATEGORÍA  
15 A 16 AÑOS

# Primer lugar

TEXTO LITERARIO  
Ojos de esmeralda

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
Ignacia Moya

## Ojos de esmeralda

*Para todas las mariposas que aprendieron a volar con las alas rotas  
Y para quienes aún no saben cómo*

Se encontraba mirando su reflejo en el espejo, tenía una belleza inimaginable, más que cualquier otra princesa de los reinos cercanos. Su cabello rizado y rojo estaba recogido en un moño alto, para que las demás personas presentes en la ceremonia pudieran apreciar su tez pálida y sus ojos, igual de verdes como los árboles en verano felices. Y para que todo el reino pudiera contemplar el maravilloso y costoso collar de cuarzo rosa que, adornaba su alargado cuello, después de todo, era una tradición muy antigua y respetada por su pueblo. Las mujeres el día de su boda deberían llevar joyería elaborada con cuarzros rosas, porque esto significaba prosperidad y fertilidad para el matrimonio.

—Esmeralda —llamó mi madre, estaba tan sumida en mis pensamientos que no me percaté el momento en que entró a la habitación.

—Es hora, tienes que salir —me ordenó. Mis ojos desesperadamente buscaron su consuelo, no puede ser posible que me comprometa con un hombre al que ni siquiera conozco, no debería ser yo. Mi familia se ha mantenido en constantes conflictos con el pueblo al que pertenece el príncipe Aren. Estamos destinados a establecer la paz mediante nuestra unión.

No podía pensar con claridad, sumisamente mi cuerpo avanzaba detrás del de mi madre en dirección hacia la iglesia. No podía emitir ninguna palabra, no lograba mantener la cabeza en alto.

¿Este sería el final?, solo me utilizarán como una alianza para fortalecer el reinado de mis padres y mantener el linaje.

La música comenzó a resonar en las paredes de la gran construcción, los murmullos cesaron, los presentes voltearon para mi dirección, por favor, no soporto que me observen, no deseo esto para mí, pero no puedo ser egoísta, si no contraigo matrimonio nunca terminarán los conflictos.

Mientras mis pies se deslizaban hacia el altar, un recuerdo invadió mi mente. Corría felizmente en dirección al bosque de los murmullos, atravesando un río. Los más ancianos relataban a los niños que, en ese bosque, habitaba un grupo de personas, se decía que antiguamente, hace un par de décadas, se dedicaban a los robos en los mares de todo el continente, y que un día desgraciadamente su barco blanco y de marcos dorados se estrelló contra la costa de nuestro reino, desde entonces nadie ha sido lo suficientemente valiente como para acercarse nuevamente al bosque.

Desgraciadamente mis recuerdos se vieron interrumpidos por la voz del pastor:

—Buenas tardes a todos los presentes, el día de hoy nos encontramos reunidos para presenciar la unión, no solo entre dos futuros reyes, sino que también la unión y alianza entre dos reinos, para establecer un acuerdo de paz.

Justo después de ese momento comenzaron los votos matrimoniales, pero yo no quiero vivir así, creo que, de alguna manera ese recuerdo sobre el bosque, fue un mensaje del mismo. Entonces hice lo que mi mente y corazón me indicaban: huir.

Corrí a través del pasillo blanco de la iglesia, y no lo pensé dos veces en el momento en que a las afueras de la construcción vi un caballo amarrado a un poste de madera. Me monté en él, en ningún momento de mi vida me sentí con esta libertad, hice caso omiso a los gritos que provenían desde atrás, mi cabello se movía en sinfonía con el viento, el alargado vestido de bodas quedó

completamente manchado por el salpicar de tierra a medida que atravesaba las ramas de los árboles, escuchaba que murmuraban mi nombre, podía respirar tanta naturaleza, me estaba adentrando en dirección al bosque de los murmullos.

Hasta que una flecha me rozó el costado del rostro, ante mí se encontraban unos brillantes ojos amarillos, 5 mujeres me tenían rodeada, nadie emitió ninguna palabra, pero pude presenciar la amenaza y fuerza en su postura. —Qué hace la princesa lejos de su castillo —me interrogó una de ellas. —No deseo hacer daño a nadie, solo no tengo a ningún lugar al cual ir —dije con firmeza.

—Pues este no es ningún lugar para ti, se supone que tienes un compromiso al cual asistir —habló una tensando su arco en dirección a mí. —Tenía un compromiso, pero huí de ese lugar, —Todas, de alguna manera sorprendidas, se miraron de reojo entre ellas y bajaron sus arcos y ballestas. —Síguenos —indicó la más alta.

Caminamos por un buen rato hasta tener al mar enfrente de nosotras, logré percatarme del barco presente en las leyendas de los ancianos, y su majestuoso tamaño. A un costado había una gran montaña, una de las mujeres emitió un extraño silbido, y desde lo más alto de aquello montón de tierra descendió una plataforma con firmes cuerdas sujetando la estructura. Nos elevamos varios metros por encima del camino anterior. Al llegar a la cima, me sorprendí al ver un gran número de personas, ocupadas con sus labores diarias, y maravillosas construcciones donde habitaban, con grandes ventanales y flores en los balcones. —Puedes dejar tu caballo por aquí, me llamo Kaysa —me indicó la mujer que emitió el silbido anteriormente. —Las chicas de antes son Zelda, Dag, Aska y Raina, se ven muy serias al principio, pero después que te tomas el tiempo de conocerlas son maravillosas.

—Kaysa, gran mamá quiere ver a la princesa —exclamó Zelda. Era una mujer de estatura alta, con unos ojos asesinos y

penetrantes, tenía el cabello corto y negro, en sus brazos se podían apreciar distintas cicatrices. Su presencia imponía bastante.

Gran mamá era una mujer anciana, siempre llevaba unas trenzas, ya que nunca en su larga vida había acercado una tijera a su cabello. Era la líder de todas las personas habitantes en el bosque de los murmullos, debido a su gran sabiduría en las artes de la brujería. —Tienes que subir por esta escalera, llegarás hasta una puerta de flores rojas y debes susurrar tu nombre —me indicó Zelda.

Me quedé sorprendida ante la imagen que se presentaba frente a mí, había un gran árbol, con el tronco más grueso que jamás haya visto en mis 19 años de vida. Al costado izquierdo se encontraban las escaleras, disimuladas con las hojas del árbol mismo. Al llegar hasta la puerta, susurré mi nombre, esperando alguna respuesta, mayor sería mi sorpresa al ver como las flores comenzarían a desprenderse, dejándome ver la imagen de una anciana de espaldas, sentada sobre una silla confeccionada con bambú. —Hace un par de meses a través de las lecturas de humo pude predecir que una joven de ojos esmeraldas, tal y como dice su nombre, cabalgaría hasta el bosque. Dime, mi niña, qué destino quieres para ti —se dio la vuelta para observarme desde los pies hasta la cabeza.

—Realmente no sabría cómo contestar su pregunta, gran mamá, pero si puedo decirle que no deseo contraer matrimonio con una persona que solo he visto una vez en toda mi vida.

—Sígueme —me indicó—, este es un amuleto que remonta desde las épocas en donde ningún humano caminaba por sobre estas tierras, nuestra gente en tiempos de mar lo encontró en unas islas del caribe —lo sostenía entre sus dos manos, era una gran espada, adornada con cientos de diamantes diminutos. —Esta espada surgió por uno de los rayos lanzados por el mismo dios del Olimpo, Zeus, con una inscripción en ella: “Del rayo surgió el poder, y desde tus ojos esmeralda veo la paz”. —Muchas personas

dicen que el bosque nos pertenece, ya que, piensan que somos quienes emitimos los murmullos provenientes de este mismo, pero la realidad es que convivimos con la naturaleza sin dañarla, porque nada más que nuestros corazones nos pertenecen, y eso es algo que tus padres todavía no aprenden.

Un tiempo después de eso, pasé dos meses conviviendo entre los ojos amarillos, y resultó que nunca fueron personas bárbaras ni despiadadas. No consumen animales, habitan en constante armonía con la naturaleza y su espacio, y no fomentan los conflictos. En mi estancia, viví en compañía de Zelda, que terminó siendo la persona más maravillosa que he conocido en toda mi vida, es una de las 5 guardianas del bosque y de su gente, por esto mismo entrenaba muy duro todos los días. No tengo idea del momento en que mi corazón latía tan rápido por ella, su voz me calmaba en noches de tormenta, porque era algo que me atormentaba desde que tengo 3 años.

Y como todo cuento, debía acabar pronto, una mañana tuve que marcharme hasta mi tierra natal. Despedirme de todos fue difícil, pero sobre todo principalmente de Zelda, ya que no podía dejar su lugar entre su gente, me dio un último beso de despedida —recuerda que siempre estaré cuidando de ti, en cualquier lugar del mundo donde te encuentres, no importa cuán lejos sea ni la edad que tengas— y entonces monté mi caballo, sin mirar atrás, dejando los momentos más felices de mi vida guardados en mi mente y alma.

Mientras me adentraba en las puertas del reino, el sonido de las espadas chocando y los gritos de las personas invadieron mis oídos. Al llegar al castillo, vi a los guerreros de los dos reinos luchar. Tenía bastante claro que, por más fuerte que alzara la voz, nadie lograría escucharme. Tuve que actuar con rapidez, y me adentré en una de las torres del palacio hasta llegar al gran tambor, que se

utilizaba en anuncios importantes. Lo toqué con todas mis fuerzas, y todos se detuvieron y se percataron de mi presencia.

—Escúchenme todos —alcé la gran espada para que pudieran contemplarla.

—Sé que el motivo por el cual escapé no fue lo más correcto bajo sus ojos, pero quiero decirles que no hubo un solo momento en que no pensara en mi familia y en mi pueblo. Pero descubrí que la espada nunca estuvo bajo los guardias del rey, siempre estuvo con los habitantes del bosque de los murmullos, y por lo tanto quiero que firmemos un acuerdo de paz entre ambos reinos sin la necesidad de un matrimonio de por medio.

—NO ESTOY DE ACUERDO CON NADA DE ESTO, VEN Y LUCHA A MUERTE CON MI HIJO, EL GANADOR SE QUEDA CON LA ESPADA —alzó fuertemente la voz el rey del reino del norte.

Mi padre me miró con ojos asustadizos, pero le dirigí una mirada para tranquilizarlo.

Me paré frente al príncipe, mantuve mi cabeza en alto, le entregué la espada, sin despegar la vista de él. Alzo su espada por encima de mí, y pensé en todos los hermosos recuerdos que mantuve con Zelda, los momentos en los cuales me sentí verdaderamente yo. —No puedo seguir con esto —habló el príncipe Aren, tirando su espada lejos de nuestros cuerpos. —Soy gay, si lo dije, en ningún momento he querido contraer matrimonio con otra persona que no sea un hombre, y jamás he pensado en continuar con esta guerra. Creo que toda nuestra gente se encuentra cansada de todo esto —habló dirigiendo la mirada a su padre. Y juntos alzamos la espada, hombro a hombro unidos. Y todos los soldados tiraron sus espadas en señal de seguimiento.

Tiempo después, pudimos firmar el tratado de paz, y la espada fue lanzada al mar, para que fuera devuelta a su dueño original.

Al fin de todo el conflicto, recibí una cordial invitación a la boda del príncipe Aren y su novio, con el cual llevaban enamorados en secreto 4 años. Felizmente volví al boque de los murmullos, y ahí estaba, tan hermosa como siempre, Zelda me estaba esperando justo en la plataforma. Y ahora de vez en cuando visitó a mis padres.

CATEGORÍA  
17 A 29 AÑOS

# Primer lugar

TEXTO LITERARIO  
Fotos y una sola letra

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
Fito Torres Espina

## Fotos y una sola letra

Se me escapó una letra, en una de las infinitas actividades de cuarentena, revisando fotos de chica. Como una disertación de recuerdos, extrañándonos por cómo nos veíamos hace cinco o diez años, sorprendiéndonos del cambio, como si fuese algo inesperado. Mi papá asaltó la continuidad de las fotos con un nostálgico y reprochador comentario —como en toda oportunidad— dándose palmadas en la espalda por haber sido debatiblemente decente en mi infancia, esa donde aún no sabía de colores o formas.

—Yo siempre te bañaba, jugaba contigo. Me querías.

Exagerando como lo hacen los padres, creía tener ahí la oportunidad de aparecer mágicamente la cercanía emocional que de otra forma —un varón como lo es él— no podría formar. Y es específicamente difícil formar esa cercanía, por sus comentarios, acotaciones tan desafortunadas, ignorantes y violentas que no me dejan otra opción más que atacar, en especial cuando buscan complicidad. Me reprocha que ahora no puede decir nada y que siempre lo ataco y le digo que claro que lo hago, pero lo justo, lo que se necesita atacar, eso que necesito defender. Que lo hago ahora porque de chica pasaba colado en la normalidad que me enseñaron y hoy, se me hace tan evidente y flamable. Traté de frenar ese victimismo, sin ponerle atención.

—Obvio que me tenían que bañar, ¿querías que me bañara sola?

No pasó ni un segundo y se le olvidó lo bonito de mis juegos infantiles. Sus disposiciones volvieron a ser autoridad. Pasó de estar indefenso a estar acorazado en masculinidad, seria y ronca, volvió a fijar letras. Su falta de sentimiento se secunda con la de contenido, su odio es monopolístico e industrial, no tiene herramientas para crear, solo para restringir. La empatía nunca le creció, y la única razón que sigue es su voluntad de imponer.

—¿Como que sola? ¡solo! bañar solo...

Me quedé más que tiesa, con la mirada espantada y zigzagueando para no conectar, esperando que no me mirara. Igual de inmóvil que antes, antes cuando se asomaba la verdad obvia —ahora expuesta— de mi wekerío. Con el mismo nudo de esa noche, cuando la obviedad fue arrojada a sus oídos, una noche donde a todos nos sobraron palabras y a mí me sobraron lágrimas.

En un segundo pensé todo, como lo había planeado, lo que podría pasar, qué responder, incluso recordé el ppt que hice y cómo conectarlo a la tele, pensando inocentemente que el patriarcado es solo una mala enseñanza que puedo corregir en una charla de media hora. Incluso alcancé a pronunciar —sólo el comienzo, la primera oración— ese discurso que memoricé, que medio entendí, que explicaba bien y muy claro quién era, que dejaba tan fácil explicarle al mundo quién soy, cómo soy, cómo somos.

*“Considerar al género como una forma de hacer, una actividad incesante performada, en parte, sin saberlo y sin propia voluntad, no implica que sea una actividad*

*automática o mecánica. Por el contrario, una práctica de improvisación en un escenario constrictivo.”*

Judith Butler

Aclaré mi garganta, lo vi ahí, igual de tieso, no cambiaba la foto, fueron segundos de silencio. Sonaba el reloj y el hervidor, diciéndonos —hasta en ese momento— que no hay tiempo, que todo en algún momento explota. Me guardé la teoría, no era necesaria. Es un machito torpe, de cabeza dura contra todo lo que no sea él, le fundiría la cabeza en rabia si le soltara esa bomba tan academicista.

Como una epifanía —tal vez guiada por las mismas fotos— recordé cada momento donde tuve que acomodarme, correr mis gustos, gestos, letras y todo lo que expreso. Ahora estaba dispuesta a quemar su norma y sus obviedades. Otras veces se me cierra la boca a penas se me asoma la patita chueca. Pensaba “no vaya a ser que en ese momento decidan darse cuenta —otra vez— de algo obvio”. Pero ahora no hablaba sola, tenía mis recuerdos pintando las palabras.

Así mismo es cómo florecen los discursos. Desde la memoria, su belleza razona los sentires y encauza una revolución, flameando nuestras banderas a punta de palabra. Todes nos abanderamos con nuestra identidad, con nuestros modos, tonos y cicatrices de la forma más bizarra posible. Nuestras vivencias, las más duras, son las que se encargaron de llevarnos a más de una marcha para gritar varias consignas.

Para mí es obvio, y a la larga quien me ha visto vivir se le hace natural cambiar mis letras. Aprenden a cambiar la “o” por la “e”, por una “a”, o solo dejarla así de vez en cuando. Pero el problema es que él no me ha visto vivir. Me ve actuando una no-muerte. Aún le hago el papel de hijo, *weko*, bien *weko* pero hijo. Y si lo sigo haciendo es por mí, por miedo, porque tengo miedo. El mundo quiere creer

que no existo... y se esfuerza para que así sea, no por él ni su miedo a cambiar letras.

—No, dije sola. Te lo repito, ¿querías que me bañara solita? Si quieres también puedes ocupar la “e”, pero es que la “o” se me gasta muy rápido.

Apareció la misma cara de cuando rompí su ilusión, cuando le contesté y supo que ya no me adivinaría más el futuro, que su predicción no pudo estar más equivocada. Algo que le gustaba mucho hacer, cuando él y otros preguntaban por polola —casi al unísono—, cuando decían que me terminaría casando con la amiga de toda la vida. Porque para ellos las obviedades son esas: que mi compañera de rutina y telenovela pasaría a ser “mi señora”. Esa misma cara amenazó todo, dio paso a una conversación pospuesta, una que también dolerá mientras sea cantada, con mis cuerdas anudadas.

De pronto la convivencia se cristalizó en una supervivencia frágil. No tengo claro si seré su hijo, pero sé que seré yo, aunque pierda cariños y títulos.

CATEGORÍA  
17 A 29 AÑOS

# Segundo lugar

TEXTO LITERARIO  
Reinas de la noche

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
Ignacio Silver García

## Reinas de la noche

Nos habíamos contactado por Facebook, íbamos a tomarnos a unos mojitos en el Barba Azul, de Tobalaba; no nos veíamos del colegio. Ella se dedicó a la gastronomía, supe por unas fotos en Instagram que estuvo en el Club Providencia y después inauguró una cafetería por Las Amapolas, en esas calles seudoresidenciales que están llenas de restaurantes por Francisco Bilbao. De Renca se fue a vivir a Santiago centro, arrendó con un par de amigas, por lo que me fijé en una historia de Instagram. A ella le va bien, decían nuestros conocidos que veían sus publicaciones. Por el contrario, yo terminé la pedagogía en Historia y enseguida desarrollé un pánico a los niños, algo paradójico en un profesor. Decidí abandonar todo contacto con las aulas después de ver cómo un grupo de jóvenes le habían tirado un balde con pichí a una colega y a mí me escribían de forma anónima cada clase en el pizarrón “flete” con tinta permanente. Aburrido de limpiar con alcohol el pizarrón con sus burlas, conseguí un trabajo de medio tiempo en una editorial. No me gustaba, pero si algo me había enseñado la vida adulta era que las cosas no eran como en los cuentos infantiles.

—¿Alejandra? —le pregunté nervioso cuando la vi. Ordenamos, ella manejaba a la perfección las miradas que nos perseguían en el bar, no me asombraba, cuando estábamos en el colegio era igual, nunca la vi con miedo al ceño enjuiciador. —Oye Gabo, estás igual, real no has cambiado nada, ¡estás como el vino! —me dijo entre risas, yo no le podía decir lo mismo, era la primera vez que la veía después de su transición.

Llegaron los mojitos a interrumpir mi incómodo silencio, brindamos y empezamos a desempolvar el pasado. Recordamos nuestras visitas al Portal Lyon después de clases, nuestras sesiones de fotografía en los pasillos espejados del Euro, vitrinear zapa-tillas anchas, ojalá tener el modelo Adidas pokemón, las tachas cubriendo nuestros cinturones o mochilas, las compras de lentes de contacto de colores, nuestras peleas por ser “gold” en Fotolog, nuestros pelambres en los recreos sobre la Arenita, el Lelo o el Karol Dance, de Yingo; intercambiarnos pitillos de colores, nuestras salidas a comer completos con bebida express en el paseo Bulnes o fumar Belmont en la Plaza de Armas creyéndonos grandes. En todos los recuerdos veía a Alejandra, una mujer en su capa-razón, en cambio ahora frente a mí había una persona completa-mente nueva y a ratos desconocida, la sentía muy elegante.

En un momento sus ojos se fijaron a los míos, tomó aliento para interrumpir mi monólogo sobre el colegio donde renuncié, la noté seria antes de abrir la boca. —Quiero decirte algo, Gabo... —comenzó. Yo acerqué mi cabeza a la mesa, a la altura de la velita que nos dividía, expectante. Ella tomó mis manos y suspiró.

—¿Te *cachai* que es puta?, espérame un poco. Oye flaca, *sorry* que te moleste ¿*eris* reina de la noche? —interrumpió un loco con pinta de *zorrón*, que pasaba por nuestra mesa dando círculos con su piscola y dejando una estela de alcohol en el camino. Me puse nervioso, busqué con la mirada a un guardia o mesero cerca para socorrernos, pero nadie estaba ahí. No sabía qué hacer, mis labios se habían sellado, me paré para impresionarlo, pero él se apoyó en mi hombro e indicando con su vaso a Alejandra, gritó: —dile a tu amiga que se pegue una vuelta por mi mesa, no te caguís, perro—. Su aliento a cenicero mezclado con alcohol me dio asco y con rabia lo empujé, desplomándose al instante. Él se retorció en el suelo, quería apretarlo como a una cucaracha, pero aparecieron todos los del bar, empezaron a preguntarme cosas mientras lo ayudaban a

pararse. La atención siempre terminaba ganándola ellos. Alejandra me miró, apagó su cigarro y nos fuimos con un seco “dejémoslo hasta aquí”.

Caminamos por Avenida Providencia, le pedí que me disculpara por el bar, pensé que sería un ambiente *lgbtfriendly*. Ella enmudecida sólo movía la cabeza ante cualquier palabra que le decía, los taxis pasaban y nos tocaban la bocina como si se tratara de una fiesta. Me encogía de hombros a cada contacto visual. Sentía que todo era mi culpa. Recordaba a ese *zorrón* como nuestros compañeros, esos chicos con *dreadlocks* y arito de coco, que en el colegio nos perseguían por las duchas para apretarnos el trasero o refregarnos su pene en los casilleros. Alejandra nunca los había tomado en cuenta, estuvimos siempre acostumbrados a esa tensión masculina, pero algo nos esperaba que esa atención algún día terminaría.

El Uber paró a nuestro lado. —Vámonos para mi casa, si somos reinas de la noche, nos iremos a nuestro reino ¿te parece, amigo? —dijo extendiendo la puerta del vehículo. Entré al auto secuestrado por su actitud, nos despedimos de Providencia con sus luces de neón cuando entramos a la carretera. —Sigo viviendo en Renca, ¿de dónde sacaste que vivo en Santiago centro? Estás loco, vivo con mi mamá todavía, no me da para más. Nos cambiamos de los blocs para un barrio más bonito. No, no soy dueña de esa cafetería, la puso una amiga que conocí en el Club Providencia, no me paga mal, me da mi independencia y no me huevea por mis tatuajes ¿no te los mostré? Este es el nombre de mi abuelita y este es por Lady Gaga, sí, me sigue gustando tanto como antes, amigo. Hay cosas que no cambian —me dijo.

Me sentí avergonzado, apoyé mi cabeza en la ventanilla del auto, Santiago todavía lucía despierto entre sus luces, a medida que más nos acercábamos a su casa, el cerro y un laberinto de carreteras se aproximaban ante nosotros, puse mis ojos en el

macizo —donde antes decía “Renca la lleva” al estilo del letrero de Hollywood—, ahora se veía un huérfano “Renca” en letras blancas. Ese glamour imaginario se había evaporado, quedaría en la memoria como un espejismo de un arranque municipal con aires de grandeza. Miré a Alejandra que le indicaba al conductor por cuál calle ingresar a su pasaje y recién ahí recordé que estaba ante mi amiga y no junto a una diva.

Entramos a su casa y me dio nostalgia, el barrio era idéntico al anterior, calles zigzagueando entre edificios de cuatro pisos y casas blindadas con rejas revestidas de madera, el sonido de cumbia envolviendo las noches sin excepción acompañado de una ráfaga con gusto a asado. Puso música y comenzamos a bailar como cuando íbamos a la “discopeque” después del colegio. Ahí bailando, sentía que no había más, las etiquetas estaban sólo en nuestra ropa, me sentí estúpido de clasificar las cosas como en la estantería de la editorial.

Salimos a comprar a la botillería, le pedí unos tacones, quería probarlos como cuando nos prestábamos las zapatillas, y aunque empatizar va más allá de eso, pude ver las cosas más claras. —¿Te fijas que no es fácil estar en mis zapatos? —dijo terminando en una sonrisa.

La noche se enmudeció, imprimiendo nuestra historia en las calles de Renca, vertiendo en sus aceras nuestro resplandor, tiñendo el perfume de cada una en el pavimento, convirtiéndonos en inmortales y coronándonos desde aquel encuentro en inolvidables. Advirtiéndole a cualquiera que el fervor eclipsante de una conjunción de reinas puede desencadenar hasta el más irreversible de los finales.

CATEGORÍA  
17 A 29 AÑOS

# Tercer lugar

TEXTO LITERARIO  
**Verte**

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
**Constanza Esteban Lagos**

Ciclovía Tobalaba, Arrieta autocreada, no estaba mala, era el palpar el que me hacía saltar. La Mena opacaba la pena conectada al cel.

Esperando y pedaleando *pa* atrás sabiendo que se venía una despedida, la oportunidad de verse con la excusa de devolver un táper.

Llegar a la plaza, sacarse el casco y secarse la cara *pa* tener la *dignidá*, aquella que perdiste al acceder a acercarte a ella. Caminando medio perdiéndote entre los bancos y esa selva desierta, buscando un obstáculo *pa* no seguir avanzando y agobiarte con eso. Pero ahí estaba esperándote, “tení que respirar *pa* zafar del rubor”.

Sentarte, hablar de la vida como grandes amigas, obviando la causa de querer haber decidido estar hoy día cerca de su piel.

Sientes un olor a cerveza, “qué raro”.

Empiezas a ponerle atención al parlante, ya no es ella la que habla, la música es la que dirige la conversa, Rosario Alfonso de fondo, ya sabes lo que se viene.

Se lamentan y abrazan, te besa la mano y pide disculpas, tú no lo lamentas, eso querías. Aún más cerca compruebas y saboreas el origen de ese aroma a cervecita. Nunca te ha gustado tomar, pero ese recipiente es tu favorito, lástima que no te haga bien.

Se despiden entre lagunas y mares, cariños y su último paseíto en bici juntas. El táper se queda contigo y tu libro favorito con ella.

CATEGORÍA  
17 A 29 AÑOS

# Mención honrosa

TEXTO LITERARIO  
Ciberconexión

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
Bastián Valencia Ramirez

## Ciberconexión

Cuando abrí la puerta sus ojos estaban ahí, eran unos ojos dulzones y coquetos que se clavaron en los míos. No supe qué hacer, de hecho, no hice nada, solo permanecí ahí mirándolos por unos segundos. El autosabotaje, en un intento por cortar esa adrenalínica intensidad, hizo en mí un amago de cerrar la puerta. Rápidamente actuó y me preguntó con inquietante seguridad: “¿puedo pasar?” No dije nada, solo abrí un poco más la puerta dejando el espacio preciso para que entrara en ese lúgubre cubo de escaso metraje.

Cuando la puerta emitió el seco sonido del pestillo cerrado, ambos entendimos que ese geométrico espacio se estaba transformando en un afrodisíaco lecho que llamaba al contacto. Se quitó la mascarilla sin despegar sus ojos de los míos. Sólo nos alumbraba una tenue luz que emitía la pantalla de un computador, un computador que esconde los morbos más sórdidos de las almas perdidas del gueto gay de Santiago. Cuando logré ver su rostro descubierto, me dije a mí mismo “¡qué hueón tan lindo!”. Nos miramos en lo que a mí me parecieron minutos. Me preguntó con una convicción que me erizó la piel si me podía besar.

Solo asentí, hasta el momento no había dicho palabra alguna. En ese lugar la gente no besa.

Nos enredamos en los besos, en las lenguas y en los labios, no había espacio para más; nuestra performance simulaba una escena erótica de una película donde los protagonistas ponen al público en tensión antes de besarse apasionadamente. En ese intercambio

salival nos dijimos todo, nos amamos, nos deseamos y nos declaramos los poemas más cursis.

En un momento nos detuvimos y rápidamente nos comenzamos a desvestir. El genuino deseo que nacía en nosotros prometía un buen polvo. Y así fue. Jamás nos importó el ruido, jamás escatimamos en que nos tocaban la ventanilla para que otros nos pudieran mirar. No lo queríamos. No nos importaba. Solo éramos nosotros en una danza de pasión que se transmitía no sólo en el “mete y saca”, sino en la presión que ejercían nuestras manos en aquel cuerpo por descubrir, en esos besos que se declaraban dependencia, y, por sobre todo, en esos ojos que me penetraban intensamente intentando descifrarme: ¿qué habrá querido descubrir? ¿Logró su cometido? Son preguntas que el Mati jamás me responderá.

Porque después del sexo supe que se llamaba Matías, que tenía 31 años, que ha pasado por 4 carreras inconclusas pero que esta promete ser finalizada, que tiene una forma de hablar pesadamente cuica, que es nacido y criado en el privilegio que siempre miré con asco, que a pesar de lo anterior ha tenido una vida de mierda marcada por traumas que yo jamás he vivido, y que ya no estoy en edad para vivir.

Matías vivió tanta violencia que en un momento de su vida decidió ser él el agresor. De no haberme invitado ese café posterior al encuentro casual, hubiera simplemente pensado: “¡otro hueco borderline con el síndrome de Regina George o Miranda Presley!”, pero no, acá había una historia de valiente resiliencia que me sentí muy agradecido de conocer.

El Mati deslumbraba intensidad, su lenguaje oscilaba entre el amor y la agresión, pero yo casi ni conocí la segunda. Por eso le dedico esta crónica, porque ya a la cuarta cacha me sigue mirando con esos ojos profundos e inquietantes, vibramos con ese intercambio energético que a ambos nos deja tirados por minutos. Matías jamás toca alguna parte de mi cuerpo sin preguntarme

antes si puede hacerlo. Siento rabia al pensar cuántos conchesumadres lo hirieron, su amabilidad sexual la entiendo como una forma de reparar ese vínculo dañado. Quiero ser parte de eso. Agradezco serlo.

Siempre que estamos juntos lo mimo mucho, incluso hemos salido a comer sin caer a la cama, y lo disfrutamos hartos. Él no es para mí, y yo no soy para él, ambos lo sabemos. En el pasado intenté ponerme la capa en múltiples oportunidades con resultados desastrosos, ya no estoy en edad.

Difícilmente olvidaré al Mati, es de los pocos que me ha hecho sorprenderme cuando la vida me decía que eso ya no ocurría. Como cuando sacó una rosa de un rojo perfecto en un restaurante peruano y me la regaló con un movimiento cursi y melodramático de sus manos. La mesera juraba que estábamos celebrando algún aniversario, y me sentí muy tentado a decirle: “¡no niña, el Mati es intensidad pura!”. O cuando, tras conocernos en el infierno subterráneo de cabinas atestadas de deseos morbosos, íbamos saliendo juntos por el pasillo con la promesa de un café, sonaba *Perfect*, de Ed Sheeran, como música ambiente en pleno horario punta y él me cantaba a todo pulmón como si me la dedicara, mientras me miraba y caminaba de espaldas. Todos los maricones nos miraban, unos 7 pares de ojos completamente consternados por lo que ocurría en Sodoma y Gomorra, un lugar en el que el amor se estaba haciendo presente, como una flor en el desierto, como una luz en la oscuridad, eso es el Mati.

CATEGORÍA  
17 A 29 AÑOS

# Mención honrosa

TEXTO LITERARIO  
Le Moulin

AUTOR, AUTORA O AUTORE  
Alexis Baros López

## Le Moulin

La voz del conductor suena opaca de tanto repetir que este tren pertenece a la ruta verde y que la próxima estación es Santa Isabel... otra vez Santa Isabel. Pero ya no lo escucho, ya no le entiendo, pues me he puesto los audífonos y Amy Winehouse canta con la melancolía de siempre en su último concierto en Londres. Lástima que ya no podrá venir a Chile; en todo caso tampoco hubiese venido estando viva. Sin embargo, ya no es ella la que suena y me levanta los pensamientos, sino Yann Tiersen, quien sin pronunciar palabra alguna me lo ha dicho todo.

Santa Isabel, deje bajar antes de subir. Y la música empieza, mas no puedo distinguir qué produce las tristes notas que ahora se abren entre el silencio. ¿Cómo se llama, Alberto? ¿Qué instrumento es este? Sé que tú sabes, siempre lo sabes todo, dime por favor, no me gusta quedarme con dudas. Melódica, se llama Melódica. Y Yann me lleva al dormitorio de tu departamento. ¿Melódica? Nunca lo había oído. Es como un órgano, pero se sopla y ¿qué estás escuchando? Le Moulin, es una canción de Amélie. ¿Francesa? *Oui, cher* Albert. Y nos reímos juntos. Es la primera vez que iba a tu casa, creo que después de molestarte tanto por fin logré convencerte de que me invitaras a nadar en la piscina del condominio. Y es que después de todo, eres el único que conoce mis secretos, miedos, deseos; lo que nadie más debe saber. Luego de jugar en el agua, volvemos a tu dormitorio y ahí descansamos en la cama buscando una película en la televisión. Y no hacemos nada, sólo estamos ahí, sólo somos dos, como las dos melódicas que ahora suenan juntas.

Y la música continúa, pero ahora es el piano que suena tenue. Y las corcheas se elevan y caen, nacen y mueren en mis oídos. Siempre quise tocar el piano, Alberto, todos decían que mis dedos eran de pianista, largos, delgados, pero nunca aprendí, me tuve que conformar con la guitarra, pero tú tocas el bajo, podríamos tocar juntos, ¿qué dices, Alberto? Toquemos juntos algún día. Mas no me respondes, pareces dormido y te contemplo. Te contemplo; sin embargo, no puedo quedarme con tu imagen, Yann la borra, la deshace en cada nota que le roba al piano. Te muevo y sonríes y me haces cosquillas y yo me retuerzo, me intento esconder, enterrar en tu cama, quitarte la mano, pero no quiero, porque me convierto en el piano y tú eres el músico que hace música con mi risa. No obstante, de un momento a otro ya no lo hago, me quedo en silencio, dejas de hacer concierto con mi cuerpo, pues ahora me quitas los suspiros para atraparlos en tu boca.

Próxima estación Baquedano, combinación a línea 1. Yo vivía ahí, pero no me gustaba, siempre había mucho ruido y no podía estudiar bien. Claro, el que más estudia... ¿Qué te pasa! Si ahora me va bien, seré un buen geógrafo. Y yo escribiré una teoría de psicología y te la dedicaré a ti, Alberto. Y Yann me dice bésalo y le hago caso, y a él le dice quiérole. Alberto sólo me besa; el piano continúa. Vamos, Alberto, baila conmigo, no me importa que los pasajeros del metro me vean, no me importa que se rían, si estoy contigo nada me importa. Pero muévete, no te quedes ahí parado, que el vaivén de las ruedas sea tu guía para este baile que no tiene ritmo. ¿No quieres bailar? ¿Qué te pasa Alberto, qué tienes?... Háblame por favor. Háblame por favor...

Y Yann me llama, Yann me lleva. Vamos, Alberto, vamos juntos, tenemos que bajarnos, no te puedes quedar arriba. No me mires de esa manera, no te quedes en la cama buscando películas, tenemos que tocar la guitarra y el bajo juntos; hazme cosquillas nuevamente, quiero ser el piano y mi risa la música que de ahí

nace, quiero ser el Molino y tú el Viento que me haga girar. Sigue tocando, sigue tocando, que la canción no se nos acabe nunca, quiero escucharla siempre... pero Yann ya no me lleva, Yann me ha dejado, Yann ya no hace sonar el piano y con eso me roba tu pensamiento, me quita tus imágenes y de Le Moulin ya no queda nada, salvo un último suspiro, las últimas notas que se pierden en el subterráneo. El silencio de la música y los ruidos de los pasajeros, las ruedas se frenan lentamente.

Próxima estación El Término, combinación con La Despedida, se le recuerda que todos los pasajeros deben descender...

# Textos literarios concursoantes

## Todas íbamos a ser reinas

de Bastián Valencia Ramírez

La fiesta del Caupolicán auguraba ser intensa. Comenzaba a las 20.00 hrs. de los últimos días de junio, prometía ser un epicentro del microtráfico de drogas duras, un pulmón disidente en esa fría noche santiaguina, una pasarela de *outfits* para putear y, por sobre todo, una nueva oportunidad para entregarse a los amores pasajeros de una noche. Iba con las cabras, y eso siempre era sinónimo de darlo todo bajo diversos efectos en ese megaevento que contaba con cinco pistas y la promesa de *cruising* escrito explícitamente en la propaganda.

La convocatoria era con múltiples DJ's, todos grandes exponentes del *tech*; serían nueve horas continuas de música mezclada con ritmos duros e intensos que invitan al coito, sumado a la habilitación de espacios oscuros y desentrañados de ese mítico teatro para la lucha cuerpo a cuerpo de humanoides atrapados por la efervescencia de la piel expuesta, al son de sonidos bajos y sintéticos. El *beat* de fondo entregaría el ritmo del movimiento pélvico y, a su vez, de gemidos discretos. Diversos baños en la oscuridad invitaban a la curiosidad y el morbo. Esa noche solo tenía lugar para el pandémico deseo sexual de la escena fleta de Santiago.

Al entrar me sentí invadido por el ritmo y las luces de neón, los colores intermitentes y las miradas de suricatas propias de las fiestas mariconas. El pasillo inicial en forma de media luna ofrecía la arteria principal de diversos panoramas y ambientes, aunque la atmósfera era la misma, se sentía a kilómetros la dulce fragancia del deseo homoerótico. Durante toda la noche era un sentirse permanentemente observado, incluso deseado, por una diversidad

de cuerpos e identidades inconmensurables. El roce al caminar o bailar era la norma, aquel teatro era un centro de moda erotizada. El brillo en los ojos, el *make-up* fluor, el color negro, los torsos desnudos, los arneses de cuero y transparencia eran el *dresscode* favorito de la noche.

Los pasillos emulaban pasarelas donde la gente lucía sus atuendos con desplante y seguridad, las pistas de baile estaban atestadas de gente que bailaba para sí misma, con ritmos rápidos, enérgicos, pero a la vez sensuales, cada persona era un exponente de vitrina del prostíbulo más exótico del legendario barrio rojo de Ámsterdam. El Caupolicán respiraba libertad, osadía y morbo; mis expectativas iban segundo a segundo al alza, mi pulso se aceleraba y la libido me masajeaba lentamente cada centímetro de mi humanidad.

Al llegar distribuimos los insumos que nos permitían sobrellevar las nueve horas, identificamos dónde echar humo y en la guardarroía no solo guardamos las chaquetas y parkas, también dejamos los tabúes, el miedo, el decoro y las ganas de aparentar. Era una noche para ser nosotras mismas, para descubrir nuestros cuerpos, y quizás otros más.

El agua era el bien máspreciado en el ambiente, bailaba con tres amigos cuando daban las 2.30 hrs. de la madrugada, a esa hora estaba en mi límite, rozando la disfuncionalidad drogadicta. Mi cuerpo estaba entregando todo su potencial mientras el *beat* me zarandeaba de un extremo a otro, cuando pido agua y, en mi alteración, la dejo caer torpemente. Actué rápido, no quería que alguien pisara ese elixir sagrado, me giré y me incliné a recuperarlo cuando escuché las risas de varias personas. Estaba tan drogado que en ese momento el tiempo comenzó a correr lento, me demoré en vislumbrar unas zapatillas que estaban frente a mis ojos, tomé la botella y caí en la cuenta de lo que ocurría. Mi cabeza estaba rozando el miembro de alguien que deambulaba por la pista.

Levanté la cabeza lentamente para no golpearlo, pero el hombre en cuestión no se movió ni un centímetro.

Cuando mi mirada se fijó en la suya, estaba frente al hombre más hermoso que había tenido la oportunidad de observar. Era un dios griego de aproximadamente un metro ochenta y cinco, su piel morena reflectaba a la perfección las luces neón, su cuerpo era un monumento a la hegemonía, sentía que solo con un brazo podría levantarme sin mucho esfuerzo, la piel que exhibía tentaba a mi tacto, me llamaba dulcemente a transgredir lo correcto. Mi mente debatía entre la droga y la necesidad de lucidez, solamente articulé mis facciones en una mezcla de terror y vergüenza, junté mis manos en señal de disculpas y le lancé una mirada tímida y angustiante. Me regaló una sonrisa burlona, que se unió al coro de risas que mis amigos me dedicaban. Me disculpé torpemente y volvió a reír. Desapareció a mis espaldas.

Al reincorporarme, volví a dejar la escasa lucidez guardada y volví a darlo todo en la pista. Según mi percepción revuelta, pasaron alrededor de veinte minutos, cuando sentí un par de manos agarrando mi cintura y desplazándome a un costado para abrirse paso. Era Adonis nuevamente, quien pasaba de manera socarrona y aprovechó su travesía para hacerse notar, ¿era necesario volver a incomodarme? Mis amigos esta vez rieron con discreción, y uno me ilusionó señalando que de todos los lugares por los que podría haber pasado eligió este, y que de todas las cinturas a mover, seleccionó la mía. Ya no lo quería ver más. Sentía que se estaba burlando de las caras de vergüenza e incomodidad que le regalaba.

Rápidamente lo olvidé y volví a reconectarme con la noche y sus encantos. Llegó el momento de una sesión de fotos sensuales en las que rozamos nuestros cuerpos y miramos eróticamente la cámara en los rincones más oscuros de aquella pista, nos deleitamos con la vista, reímos y conversamos. La hora de finalizar se estaba acercando y me separé del grupo para ir a buscar

prematuramente mis cosas guardadas, odio las filas extensas. Tras retirar mi parka, me dirijo a uno de los baños. La promesa del *marketing* se estaba encarnando en los asistentes, se respiraba lujuria y el deseo carnal se apoderaba de varios cuerpos que tomaban el rol protagónico en los cubículos, que por debajo exhibían dos o más pares de zapatillas.

El excedente de las drogas más las neuronas espejo me impulsaban a buscar refugio en los brazos de algún hombre que quisiera dejar huella en mi corazón. Me decidí a la aventura, y me apoyé en un pilar de frías baldosas. Todo ocurrió de una manera fugaz e inesperada, se abrió un cubículo y lo vi nuevamente. El dios griego venía saliendo, esta vez lo veía con perspectiva, con luz clara y sin obstáculo alguno; era él y yo a tres metros de distancia, su caminar era casi soberbio, daba la impresión que flotaba con cada paso que daba. ¡Por la chucha que era perfecto! Poco me importó la pinta de cuico que tenía, poco me importaba que posiblemente todos los fines de semana bailara al son del tribal en fiestas clandestinas en Peñalolén y la ruta 68, rodeado de ketamina administrada con la llave de autos deportivos de catálogo. Le eché pinta de odontólogo, probables tres horas diarias de gimnasio, un apellido impronunciable y la Universidad Los Andes de alma máter. Nada me importaba, Adonis era majestuoso.

Se giró y su mirada se fijó en mí, sonrió con aparente mofa, ¿por qué tenía que hacer eso? ¿Acaso disfrutaba con mi vergüenza? Bajé la mirada como si hubiera cometido un delito, miré el suelo unos segundos y luego me dispuse a sacar mi celular para matar el tiempo hasta que saliera del baño. Mi mano iba entrando en el bolsillo cuando siento dos palmas cálidas que levantaban mi mentón, mi ojos se encontraron con los suyos y lentamente se cerraron de forma novelesca, al tiempo que sus labios rozaron los míos para luego presionar con lascividad, sus manos eran sorpresivamente suaves y sus besos eran un narcótico altamente adictivo.

Mi cuerpo estaba paralizado, sólo mis labios y lengua eran capaces de moverse siguiendo el ritmo, estaba preso de un hechizo, era un amarre amoroso que impedía toda acción y pensamiento racional.

Cuando despegó sus labios de los míos y mis ojos se abrieron lentamente, su expresión ya no era burlona, me estaba mirando con ternura, se despidió con un cálido “cuídate” y se marchó.

Adonis me había hecho su Afrodita. No fui capaz de moverme por unos segundos. Los tres espectadores de ese encuentro me miraban con una mezcla de coquetería y envidia. Durante el resto de la jornada probé otros labios y otros cuerpos, nada comparado con Adonis.

Llegó el momento de reagruparme con mi manada. Mientras caminaba por el pasillo me sentía Cecilia Bolocco, en mi cabeza sonaba alucinógenamente ritmos suecos del 70’.

*...you can dance, you can jive, having the time of your life...*

Llevaba una caminata tipo *runway* y sonreía sin motivo, la noche era mía, era el glorioso triunfador de Los Juegos del Hambre, y seguía sonando Agnetha y Anni-Frid.

*...ooh see that girl, watch that scene, digging the dancing queen...*

# La niña zombie

de Valentín Salinas Ramírez

Emilia se encontraba como de costumbre mirando la pizarra, su mente viajaba a cualquier lugar lejos de aquellas paredes, lo único que la traía de vuelta era la goma que estaba apretando y hacia girar en sus manos. La goma tocaba el suelo, como recordándole que tenía que poner atención.

Ponía demasiada atención, pero en muchas cosas al mismo tiempo, la luz que parpadeaba en el tubo, la que estaba quemada y la que era demasiado blanca para los ojos de cualquier ser humano “común”, la palabra que buscaba era “normal” (palabra que encontraría para este momento algunos años más tarde). Lo único que sabía con seguridad de la “normalidad”, es que no tenía idea de lo que era y que en su familia no encontraba ningún referente.

A lo lejos, de fondo, como esas radios que no terminan de sintonizar alguna frecuencia, en algún lugar recóndito de su mente, se escuchaba lo que decía el profesor, pero sin intención alguna de procesarlo. Se le hacía más interesante escuchar la cadencia con la que hablaba, el sonido de las tablas cuando caminaban sobre ellas; mientras la mayoría de sus compañeros ponían atención que, a ratos intercambiaban palabras, miradas cómplices y risas ahogadas que no llegaban a oídos del profesor.

El profesor solo escuchaba a Martin y Pedro, siempre sentados al fondo de la sala. Toda la clase sabía que no estaban prestando atención, incluyendo al profesor, a quien solo le importaba que no interrumpieran la clase con sus chistes.

En el final de la sala, junto al estante, con la espalda apoyada en la pared estaba Pedro dándose manotazos con Martín.

Usualmente miraban a sus compañeras, se reían siempre de Josefa a quien siempre se le marcaba la polera en las caderas, ahí donde se encuentran esos rollitos incómodos.

También se reían del profesor, sabían que no escuchaba bien y siempre lo confundían con sus bromas, hasta que perdía la paciencia y los echaba de la sala.

Emilia sabía que llegaría luego el conflicto de Pedro y Martín, luego de la clase de educación física, con el ventilador esparciendo los olores y la mezcla de desodorantes y colonias que buscaban disimular el motivo recurrente de las burlas de este dúo particular.

Como todos sabían en la sala, el profesor de matemáticas no tenía mucha paciencia.

En la última caída de la goma, Emilia se agachó a recogerla y vio de reojo la sonrisa de Pedro, que se metía la mano en la axila para molestarla. Emilia, feliz con una sonrisa, de pasar al patio de su casa a recoger la goma y mirar la sonrisa de Pedro, para luego escuchar el sonido de un peo, cambió totalmente.

Gabriel, sentado junto a ella, sintió miedo, sabía que esa cara significaba violencia y que con un movimiento podía desatirla. A sus ojos, Emilia era una chica bonita y simpática, hasta que se ponía violenta. No era como sus demás compañeras, las que se enojaban y les gritaban algo, cuando estaban muy enojadas podría llegar a ser un garabato, veía una barrera de rabia en sus miradas, a veces reconocía la impotencia. Emilia era fuerte, pero corría lento, aunque si te alcanzaba lo más suave que iba a hacer era agarrarte de las mechas. El año pasado la habían castigado cuando tomó a Francisco del chaleco y lo tiró arriba de una mesa.

Mientras Gabriel meditaba sobre la mejor reacción para aquellas circunstancias, el profesor echó a Pedro de la sala y Martín sentado en la silla se acercó a la mesa.

Gabriel y Emilia, sabían que el profesor aguantaba 3 veces las bromas de Pedro antes de echarlo, pero el profesor pensó que Emilia debía estar muy enojada, era mejor alejarlo para que se calmara.

Las demás compañeras le tenían miedo a Emilia, excepto Vicky que era su vecina y a veces jugaba con ella. Todos le tenían un poco de miedo, pero a algunos compañeros, a Pedro principalmente, le encantaba molestarla. Los profesores no la sentaban con sus compañeras, tenían miedo de que les pegara, aunque nunca le pegó a ninguna, en realidad, ellas nunca la molestaban.

Siempre la sentaban con Gabriel, porque era “el más alto y el más tranquilo del curso”, nunca la molestaba, además eran amigos.

A pesar del cariño que le tenía, estaba enojado con ella. El viernes pasado había roto una maqueta que le había costado hacer, estaba emocionado por mostrársela a su mamá cuando llegara a la casa.

Emilia no lo hizo a propósito, estaban peleando en la fila para mostrarle el trabajo a la profesora. Emilia nunca fue muy buena en las manualidades, pero siempre le ponían buenas notas por el esfuerzo.

A pesar de que fácilmente se iba a las manos, la violencia de Emilia siempre partía con palabras. No había otra persona en el curso con una lengua más rápida o filuda. En realidad, nadie tenía que estar tan a la defensiva como ella.

Felipe siempre tenía los mejores trabajos, siempre eran los más bonitos, los comparaban con los de los cursos más grandes, siempre destacaba. Aún así, en las demás asignaturas se “salvaba”, por lo mismo su mejor compensación era reírse de los trabajos de Emilia.

Felipe orgulloso de su trabajo, miró el de Emilia y le dijo:

—¿Algún día vas a hacer un trabajo bien? O ¿vas a terminar el colegio con las notas por esfuerzo?

La risa general de sus compañeros, especialmente la de Martín que sobresalía entre las demás. Aunque a algunos no les gustaban estas bromas y hacían alguna mueca, trataban de ignorar la situación y seguían conversando sin pescar las típicas peleas que provocaban los más desordenados.

Emilia al instante le gritó a Felipe:

—Aunque me cueste artes, al menos me esfuerzo en los demás ramos igual. A ti te va mal en todo lo demás

A Felipe le dolió, sabía que era cierto, su mamá siempre se lo reprochaba, además nadie entendía del todo por que a Emilia le iba bien en las otras asignaturas, nunca ponía atención y tampoco terminaba las tareas, a pesar de que siempre les dijo la verdad, estudiaba en la casa con su mamá, pero nadie le creía.

Felipe, al igual que sus demás compañeros, cuando Emilia los hería, la molestaba por su “rareza”, esa que sus profesores y compañeros siempre trataban de corregir. Le gritó de vuelta: al menos soy hombre, no como tú: siempre haciendo cosas de hombre siendo niña.

Con esas palabras todes en la sala quedaron alerta, ya que por mucho menos, Emilia había golpeado a más de un compañero.

Emilia empujó a Felipe justo cuando a Gabriel ya le habían revisado su trabajo. Felipe y Gabriel cayeron juntos al suelo, el primero sobre el trabajo del último.

Emilia abrió los ojos, sabía que ser agresiva le traía problemas con sus compañeros, no le importaba, a sus ojos ellos se lo buscaban. Pero cuando se rompió el trabajo de Gabriel fue distinto, era su único amigo y, bueno, Vicky también era un poco su amiga, pero no tanto.

Emilia le pidió perdón a Gabriel.

—No te vi, disculpa, no quería romper tu trabajo, es que justo el Pipe...

Gabriel la interrumpió.

—¿El Pipe qué? Te molestó como siempre lo hace y lo empujaste, ¿por qué no *podí* ser como las demás? Todas se enojan y les dicen algo o le dicen a la profe que haga algo, pero tú no. Siempre es lo mismo contigo, no sabí portarte bien y sabí que es lo peor, que nunca te dicen nada, solo porque eres mujer; a todos lo hombres, por menos de lo que haces tú, nos mandan a llamar al apoderado, nos echan de la sala o cualquier cosa; en cambio a ti, nunca nada.

El silencio le rompió los oídos a todes en la sala, ni siquiera Pedro fue capaz de abrir la boca, mucho menos para hacer una broma.

Gabriel nunca se enojaba, Emilia nunca pedía perdón, por más grande que fuera la embarrada, ese día al igual que les demás se quedó callada. La voz de Emilia, siempre fuerte y grave, que siempre llenaba la sala, se escuchó quebrada y débil.

—Perdón, Gabriel.

Se adelantó en la fila, dejó su trabajo en la mesa, salió de la sala sin pedir permiso, todes la siguieron con la mirada.

En unos segundos que se hicieron eternos, todes se quedaron mirando, la única que miraba con reproche a Gabriel era Vicky. En ese momento, se dio cuenta que había sido muy pesado con ella, pero a pesar de estar arrepentido de lo que había dicho, seguía enojado con ella.

Se escuchó la silla arrastrarse por las tablas, luego los pasos de la profesora, iba a buscar a Emilia. La clase seguía en silencio, a los 3 minutos, la profesora estaba de vuelta revisando los trabajos, pero sin Emilia.

Cuando sonó la campana para salir a recreo, Vicky se fue a buscar a Emilia, siempre jugaba a la pelota con los cursos más

chicos, hasta que llegaba la inspectora y la retaba por jugar con falda, Emilia siempre respondía, si vengo con pantalón me retan y si vengo con falda me dicen que no puedo jugar a la pelota.

Vicky no la encontró, el colegio era chico y, al parecer, nadie sabía dónde se había metido.

En la siguiente hora, Vicky vio entrar a Emilia, sin ninguna expresión en la cara, se sentó maquinalmente y sacó el cuaderno.

Así mismo estuvo el lunes y el martes, como un zombie, hasta que el miércoles a Pedro se le ocurrió molestarla, en uno de los pocos momentos de los que gozaba en el patio de su casa, mientras estaba sentada en la clase.

Todes sabían que, aunque lo echaran de la sala, al tocar el timbre Emilia saldría corriendo a pegarle.

Cuando tocaron la campana de recreo, todes esperaban ver correr a Emilia para pegarle a Pedro, algunos se entretenían con eso, pero eso que todes lo daban por hecho, no pasó. Emilia se quedó ordenando sus cosas maquinalmente, igual que los días anteriores. Cuando Pedro entró a la sala, no lo miró, tampoco salió a jugar a la pelota. A Vicky en el otro extremo de la sala le cayó una lágrima, ya no era la misma Emilia, tampoco lo fue cuando jugaban en su casa.

Emilia se empezó a juntar con sus compañeras, a saltar la cuerda y a conversar con ellas en los recreos, aunque solo respondía. Los compañeros se aburrieron de molestarla, ya no había reacción, tampoco hacía algo que les incomodara como para hacérselo notar.

Vicky era la única persona cercana a Emilia, luego de Gabriel, sabía que sus palabras le dolían más que las de cualquiera, se lo había dicho un día jugando.

Gabriel le pidió perdón a Emilia, pero ajena a sus emociones solo respondió: está bien Gabriel, era la verdad. Aunque la verdad era que ella no se perdonó a sí misma, además de sentirse

rechazada por la única persona que no la molestaba por como era, aunque Vicky también la aceptara, tenían menos cosas en común, todes sabían que quien en realidad importaba era Gabriel.

# Compost pa mi huerta

de Constanza Esteban Lagos

Cariña, no quiero que sufras en este mundo frenético de ritmo  
| despiadado,  
que la helada no trice tus cotiledones,  
aquellos que fueron dopados pa que des los frutos más perfectos,  
los que el exitismo sagrado te ha obligado a parir

Pero, Amora, no apagues tus hebras,  
son ellas las que se expanden bajo tu tierra  
a nutrirte de las experiencias de las otras  
los pimentones, tomatito y zanahoria

¿En qué momento solo empezamos a vernos uvas sin pepas?  
¿Cuándo se separó el zapallo del maíz?  
Es que ahoga tanto fertilizante tóxico,  
tanta perfección sin pulgón

El calor humano más cercano es el invernadero,  
para que no desaparezcas,  
para que no te rechacen en el supermercado

Qué desgarró haberte quedado en las cajas plataneras aplastada,  
y ser devorada por el Washington de La Paz

Tu coronta esperaba en la tierra subyugada,  
lanzando sus últimas gotas de savia,  
para ser comida por los gusanos esperando tu final

Pero descubriste que en tu último suspiro,  
apareciste en el cuerpo de tu compañera de bancal

Y aquellos que te miraron con desprecio en la feria porque estabas  
| *ñoñcha*,  
ignoraban tu bello potencial de compartir en tu tierra de hoja  
pudiendo ser hummus *pal* pan o *pa* regar/enraizar a tus  
| compañeras

Tu camino lineal de montañas que tanto te querían hacer ver,  
era un bello tobogán espiral de nunca terminar

# Mi divina pastora de Barquisimeto

de Constanza Esteban Lagos

Recorrer tu cuerpo parece un peregrinaje de expiación  
Mis labios surcan tu coracoides  
Un supraespinoso que pide mi calor  
Soplar no ayuda a apaciguar su fervor

Ya estamos ardiendo las dos  
No sé si en la iglesia o en tu cama  
Pero es la ternura abrazadora la que perturba mi calma

Pasadizos por esos laberintos de tinta dérmica  
Saborear lo que escondes en el queloide de tu alma

Sentirte cerca de mi vientre apretuja mi corazón  
Muérdeme y devora mi dolor  
Desgárrame el pasado que me mutiló  
Evangeliza el deseo de mi piel

# Levántate muchache

de Stephanie Alvarado Campos

Tuve un profesor,  
que mi mundo cambió.  
Con su manera de ser,  
cambió mi forma de ver.  
Y es que él nunca fue él,  
siempre fue un eterno conocer.  
En donde crees ver,  
sólo él tuvo conocer,  
de su padecer.

Pero ahora se libró,  
y su mundo cambió.  
Se enfrenta con impaciencia  
a un mundo de indiferencia.  
Cambiando su presencia,  
por orgullo y deferencia.

Porque nadie está externo  
de este mundo alterno,  
donde amar no es juego,  
sino más bien un fuego.

Que arde con represalia,  
de fe acalorada,  
son años de estrafalaria,  
de una mente condicionada.

No más guerra ni más lucha,  
Tampoco aires de disputa.  
Solo alegre frescura,  
porque el amor cura,  
cada hebra y quebradura.

Levántate muchache,  
que ardan las diversidades.  
Este mundo tiene necesidades,  
que ocultan bajo trajes,  
enfermedades y maquillaje.

Por esto crea tu camino,  
vence los dogmatismos,  
Defiende hasta el infinito,  
tu deseo más íntimo.

## Con lluvia también se escuchan

de Fito Torres Espina

Nos escondimos debajo de la mesa con las tijeras en mano, no nos veíamos desde la entrada ni desde ningún otro lado, estábamos muy al fondo. La tía Otis salió a fumar y aunque no estábamos en clase, su desaparición significaba siempre hacer algo que no haríamos con ella dentro, aun cuando en verdad nouviéramos ganas de hacerlo. Pero como la lluvia estaba fuerte y chocaba en el techo de lata, podríamos incluso hacer ruido extra. En la sala éramos yo, el Clemente, la Sofía y unos tres más que ni me acuerdo de sus nombres.

Yo soy su favorito, dice que es porque me porto muy bien y hago que mis compañeros de puesto pongan atención. Por eso a eso, me sentó con la Sofía, que llevaba mucha colación —como yo— porque sabíamos que cualquier día se podían atrasar más y quedarnos hasta más tarde. A ella no le molestaba tanto como a mí, tal vez porque ella sabía que su mamá no se olvidaba sino que trabajaba, yo me ponía más sensible esos días.

Ese día al Nico fueron a retirarlo justo a la hora. Y yo estaba nervioso. Siempre estoy con la Sofía y el Clemente pero no sé, era extraño estar en la sala casi vacía. Ya nos íbamos a cortar el pelo y yo quería ser la peluquera, pero siempre le tocaba a la Sofía todo lo que me gustaba y terminaba en “a”. Le tocaba ser tierna, linda, buena y ahora peluquera. A mí me tocaban las cosas con “o”, ser listo, rudo, brusco, niño, puras cosas fomes.

Antes de empezar traté que saliéramos a la lluvia, tenía un paraguas nuevo, era calipso y quería que me vieran usándolo. Mis papás habían discutido por él. Azul marino, así vas a verte formal,

como yo, dijo mi papá. Mi mamá lo ignoró y me dijo que escogiera el que más me gustara, que lo bueno del paraguas es que daba color cuando llueve. Yo quería el calipso porque no era de nadie más, no iban a creer que era de la Sofía o del Clemente porque no era ni rosado ni azul, iban a decir que era mío. En voz baja me dijo mamón y pasó rápido por al lado, mi mamá lo escuchó y le respondió que él podía ser un señor, pero que su hijo iba a ser como más le gustara. Al final, no salimos porque el Clemente no llevó paraguas, al hermano se le olvidó que iba a llover y no se lo pasó. Con la Sofía no lo podíamos dejar solo.

Me estaba haciendo unos machetazos muy feos y mientras me cortaba, me decía que había aprendido viendo a su abuela, y parece que le dio vergüenza porque se paró, puso cara de estar aburrida, y se fue con el otro grupo. El Clemente, que se estaba burlando de mis pelones, me pasó las tijeras. “Para quedar iguales”, dijo. Nos empezamos a reír mucho y no podía cortar bien, le iba a hacer chasquilla —tenía el pelo justo para que le quedara bien— lo hice apenas, y cuando terminé seguí el juego y le cobré: me dio un beso. El otro grupo nos estaba mirando —creo que hacer eso hace que te miren, no importa dónde estés o si es muy atrás y debajo de la mesa— y empezaron con los ruiditos. El Clemente se paró y se sentó tapándose con los brazos, no quería que le hablara nadie. En uno los soniditos se escuchaban más altos que la lluvia, ahí la Sofía los hizo callar de un grito y acompañó al Clemente. Yo salí a buscar a la tía, quería llorar. Estaba más nervioso que delante, más que cuando salía a la pizarra. Se les olvidaba venir por mí —y solo son cinco minutos caminando— tan seguido que después de clases, la tía Otis ya era como una tía de verdad.

Una vez que estaba lloviendo mucho más fuerte y estaba solo con ella, casi le preguntó por su diente de oro, me dio miedo porque podría no volver a decirme nada de ella, así que solo le pregunté por su esposo y por qué ya no la iba a buscar. Extrañaba

los chocolates que me traía. Me respondió riendo y sacando un chocolate del bolsillo, diciéndome que ella misma me los iba a dar si no le preguntaba más por él. Con eso, pensé que habían peleado, pero no lo creí, ella vive en la casa de atrás de la mía y nunca se escuchan gritos ahí.

Cuando me vio llorando fue a abrazarme, a decirme que justo había llamado a mi casa, que no podrían ir a buscarme, pero que le iba a decir a mi papá que ahora estuviera más atento —era extraño porque mi mamá era la que me iba a buscar—, me dijo que ahora tenía que ser valiente, una palabra con “e”. No sabía por qué me lo decía, ni por qué estaba tan seria, ni por qué la escuché medio triste, pero me dejó tranquilo. Paró la lluvia. Llegó la mamá de la Sofía y me fui con ellas, me trajeron mis cosas de la sala pero igual quería volver, para despedirme del Clemente. Me dijo chao y me dio un abrazo tan fuerte, que me levantó. Fui saltando en las charcas e hicimos una carrera con la Sofía, me ganó. Cuando llegamos jugamos toda la tarde, la tía Marce nos dejó tomar café pero me quedó muy amargo y lo boté y no se enojó. Mi papá apareció en la noche con mis gomitas favoritas, me pude sentar adelante en el auto, le iba a decir que me dio un beso un compañero —me daba miedo pero estaba feliz— pero justo antes de contarle empezó a hablar de lo que le paso a mamá.

# Manifiesto no binario

de Diego Mora Meneses

Soy un pene grande y fuerte,  
Soy una vulva abierta y apretada,  
Soy un ano democrático y accesible  
No importa el sexo porque estoy en todos los cuerpos.

Soy un cuerpo no binario,  
Libre de imposición  
Para mí lo masculino y azul son una idealización,  
Para mí lo femenino y rosado son una aberración.

Mi órgano reproductor es el orificio que tengo de espalda  
Por qué a pesar de que me cuelgue algo entre las patas  
No quiero destacar su presencia  
El mundo lo ha hecho por mí.

Si El Emperador es el hombre  
Y La Emperatriz, la mujer  
Yo soy El Sol, La Luna y La Estrella  
Soy cuerpo, alma y espíritu.

Me como mi pene por gusto  
Abro mis labios con deseo  
Me introduzco en mi propio cuerpo  
Y eyaculo diferentes números.

Dejo atrás el 0 y el 1  
Me masturbo con el 3  
Me introduzco un 8  
Y mamo el 9.

En mi cara puedes ver mi biología,  
Puedes contar mis cromosomas,  
Pero cuidado, no te he dado el permiso  
Para clasificarme entre azul o rosa.

Yo lo soy todo, soy un Dios creador  
De día soy una; pero de noche, otra  
A veces erecto y otras flácido  
A veces abierta y otras apretada.

Como el fuego sin género  
Me caliento y me quemo  
Como el agua sin forma  
Me transformo y adapto a otras formas.

No soy el trabajador rico,  
No soy la curandera emocional,  
No soy el gobernador valiente,  
No soy la dueña de hogar.

Soy todo lo que quiero ser,  
Soy lo que no existe,  
Soy quien cuestiona el sistema actual,  
Soy quien pone en juego lo patriarcal.

Soy la quimera del binarismo,  
Soy el cuerpo monstruoso,  
Soy el alien de otro planeta,  
Soy el género no binario.

# Binarismo

de Diego Mora Meneses

¿Juguemos al pillarse?  
Si tienes pene, corres más rápido.  
Si tienes vulva, eres más lenta.

¿Vamos al baño?  
Si tienes pene, orinas de pie.  
Si tienes vulva, te sientas.

¿Te pongo el uniforme?  
Si tienes pene, es pantalón gris.  
Si tienes vulva, es jumper negro.

¿Quieres ir a un liceo emblemático?  
Si tienes pene, serás presidente o doctor.  
Si tienes vulva, serás primera dama o enfermera.

¿Qué eres?  
Si tienes pene, eres niño.  
Si tienes vulva, eres niña.

¿Qué juguetes son para ti?  
Si tienes pene, una pelota o robot.  
Si tienes vulva, una muñeca o maquillaje.

¿Cómo debes sentarte?

Si tienes pene, con las patas abiertas.

Si tienes vulva, con las piernas bien juntas.

¿Qué haces en Ed. Física?

Si tienes pene, futbol hasta sudar.

Si tienes vulva, voleibol y a las duchas.

¿Cómo perder la virginidad?

Si tienes pene, penetrando.

Si tienes vulva, siendo penetrada.

¿Qué hacer cuando grande?

Si tienes pene, trabajador y papá.

Si tienes vulva, mamá y dueña de hogar.

¿Cómo te vas en la micro?

Si tienes pene, parado y dando el asiento.

Si tienes vulva, sentada y necesitada.

¿Cómo caminas en la calle?

Si tienes pene, con el pecho inflado y erecto.

Si tienes vulva, meneando el culo y coqueteando.

¿Cómo son tus emociones?

Si tienes pene, agresivas y explosivas.

Si tienes vulva, delicadas y tranquilas.

¿Cómo te vistes?

Si tienes pene, pantalón y polera negra.

Si tienes vulva, vestidos o faldas rosadas.

¿Cómo son tus manos?

Si tienes pene, cochinas y gruesas.

Si tienes vulva, delgadas y puntiagudas.

¿Cómo es tu pieza?

Si tienes pene, azul y desordenada.

Si tienes vulva, rosa y organizada.

¿Cuáles son tus habilidades?

Si tienes pene, hablar y trabajar.

Si tienes vulva, cocinar y criar.

¿Cuánto mides?

Si tienes pene, mínimo 1.65 cm.

Si tienes vulva, máximo 1.64 cm.

¿Cómo debes hablar?

Si tienes pene, voz grave pasada a testosterona.

Si tienes vulva, voz aguda pasada a estrógeno.

¿Cómo es tu cuerpo?

Si tienes pene, peludo desde pies a cabeza.

Si tienes vulva, depilada hasta las alas.

¿Cómo es tu sexo?

Si tienes pene, grande-largo con testículo.

Si tienes vulva, hacia dentro-vacía y con ovarios.

¿Cómo es tu vida?

Si tienes pene, con oportunidades y poder.

Si tienes vulva, oprimida y esforzada.

# Fuego soy

de Diego Mora Meneses

Como buena cola de teleserie  
Como buena prima de amigas y rivales  
Como buena loca del pasaje  
Como buena vieja de tengo miedo torero  
Sus dramas amorosos son de película mal hecha  
Relatos e historias para un mundo hetero

Nací el 15 del mes acuario febrero  
La luna creciente pasaba por géminis  
La hora marcaba el ascendente de los peces gemelos  
Venus se arrastraba y culeaba en capricornio  
Mercurio hablaba puras weas en piscis y  
Marte gritaba e incendiaba en aries

Abrí los ojos y lloré, no dejé de hacerlo hasta hace poco  
Se me pintó de azul y disfrazó de papá  
Se me dijo que el pene era poderoso y abría puertas  
Se me vistió de oveja en navidad  
E incluso bailé cueca como buen chileno  
Pero salí fleto, poco hombre, ateo y antipatriota

Ya mayor me juntaba con mis amigas  
No tenía amigos sudados porque no jugaba a la pelota  
A veces prefería la escondida en vez de la pinta  
Hasta que una botella chocó con mi cabeza

Me dolió y lloré, mi profesora dijo que era muy sensible  
Como si estuviese mal llorar, como si fuese mi culpa

Me cambié de casa a un liceo  
Lleno de penes deformes, chicos y violentos  
El olor era repugnante y los directores lo amaban  
Al parecer les gustaba el pico  
Porque estaba en todos lados rayado  
En mi asiento, cuaderno, pizarra, puerta, uniforme, mochila, cielo,  
| piel, zapatos, potos, almuerzo, cancha, casilleros,  
| libros, fotos e incluso entre mis piernas

Aquí me comencé a quemar de verdad  
Antes hubo una pequeña llama atraída hacia una vagina  
Pero se sentía obligada y sin las clases de religión  
Las cuales cambié por computación  
Los ovarios pasaron a testículos  
De María pasó a Mario

Una vez en cuarto medio  
Escribí un cuento de la sin apellido  
Quien no sabía si bajar por las escaleras o tirarse del séptimo piso  
La enamorada del compa que pololeaba  
La triste que se quería ir a caminar  
La escritora de este manifiesto extraordinario

Cargaba con una gran llama dentro, pero no calentaba mucho  
Calentaba menos que sol de invierno  
Calentaba menos que olor a cuerpo  
¿Ah, pero de qué cuerpo?  
¿El perfumado de color rosa pastel, o el sudado dorado verdoso?  
Ambos y ninguno, depende del día, clima, líbido y deseo.

Empecé a tomar talleres al lado del río Mapocho  
Conocí gente más resuelta que yo  
Otras bastante perdidas que cagaban al verse en el espejo  
Una que amaba tomar vino fuera del MAC  
Esa que me tocó la cintura para quedarme con él  
Esa mayor, a la que le dije que no podía porque eran las 11 y vivía en  
| Cerro Navia

El 2019, año bastante penca y horroroso  
Di un beso y me gustó, a él también, pero yo no  
Flechada por Cupido quedé amarrada con cadenas en las patas  
Estúpida sin sentido, con deseos de ir a terapia  
Me quedé sentada en el paradero mirando a la gente caminar  
Hasta que la crisis de pánico se me fue y pude dormir más o menos  
| bien

Fuego sentí cuando no me pescaba  
Fuego sentí cuando tocó mi cubrecama  
Fuego sentí cuando estuve en la toma  
Fuego sentí cuando me maquillaba a escondidas  
Fuego sentí cuando usaba falda  
Fuego sentí...

La llama se prende y apaga encerrada  
Al comienzo hubo un incendio en mi casa  
Quedó la media cagá por mi identidad  
No me entendían y me lo dejaban superclaro  
Me sentí solo, pero me acompañaba El Mago  
Arcano primero de todo este enredo

Fuego es transformación y muerte  
Fuego es calor y sexualidad  
Fuego es disidencia y expresión  
Fuego es baile y vogue  
Fuego es la calle y mi almohada  
Fuego es mi cuerpo, fuego soy.

## Ni chicha ni limoná

de Matías Suárez Godoy

Filita, filita,  
arriba, abajo, al lado, al otro.  
Los niños por acá,  
las niñas por allá.  
Formen fila, mis niños,  
una cola larga y separada.  
Ni se escucha, profesora,  
con tanto ruido en la cancha.  
Caballerito, caballerito,  
póngase en la fila, le dicen.  
No, no en esa, no es la suya,  
usted ya sabe lo que le hemos dicho.  
Que la monita con vestido y el monito con pantalones,  
estoy que me hago y no quiero entrar a ninguno.  
Uno está asqueroso y en el otro me miran raro,  
pienso mientras aguanto la respiración para entrar al sucio.  
No quiero, no quiero, no quiero,  
pienso en cuclillas para no tocar la taza.  
Sentade en un lugar donde me han hecho saber  
que algo tengo que ser.  
Para no tocar la blancura salpicada  
prefiero pensar en otras cosas.  
Pero todo me remite al dúo,  
la puerta blanca, el pestillo negro,  
la luz encendida, el cubículo oscuro,  
el baño limpio, el otro sucio.

Dos, dos, dos,  
se me aparece mientras me paro finalmente.  
Ese es mi hombre,  
que no soy hombre te dicen, mamá.  
Ese es mi, ¿chiquillo?  
bueno, dejémoslo así.  
Si tú sabes que me cuesta,  
pues a mí me cuesta más.  
Eres de otra generación, bonito,  
además que no eres ni chicha ni limoná.  
Me río igual, aunque me duela.  
Por el intento coloquial que veo en ella  
de entender algo que a veces ni yo entiendo.  
Tampoco es como si me viera distinto,  
y eso me complica el alma.  
¿Qué tengo para presentar?  
¿Qué evidencias tengo?  
Dónde está el cambio, pues,  
para entender que ya no eres hombre.  
Que nunca lo fui, te explican,  
es que yo no entiendo esas cosas, amigo.  
Se rehúsa a usar la letra “e” conmigo,  
como si esperara a mi transformación para aprobar ese cambio  
| lingüístico.

Me persigue esa academia,  
mientras intento escapar de la dualidad.  
Siento ese pasillo eterno,  
de personas corriendo con letras “o” y baños embarrados.  
Y es que cómo puedo defenderme,  
si no tengo mi cuerpo como respuesta.  
Ese cuerpo que día a día se afronta  
en la micro, en el trabajo, en mi pieza.

Poner el pecho a las balas, se dice,  
pero el mío parece ya no aguantar más de esas.  
Impostor, me digo en sueños,  
si te ves, te vistes, y presentas como tal,  
no digas que no lo eres.  
Pero yo sé que no, que no pertenezco,  
ni a la chicha, ni a la limoná, como dice mi mamá.  
Y día a día sigo intentando salir de ese pasillo en que corro.  
Siento que cada vez estoy más cerca,  
no me alcanzarán, no lo permitiré.

# Justicia Laboral

de Gabriel Castro Rodríguez

Es un sábado 8 de julio en el año 1973, a las 02:00 de la madrugada en el gran Cabaret drag, famoso por sus grandes presentaciones y espectaculares artistas, el lugar está repleto como siempre, lleno de alegría y luces, todos están hablando y riendo, ansiosos, por esperar el siguiente show, se sientan en sus mesas y piden bebidas para disfrutar la función, las luces apuntan al escenario, y mientras corren el telón las miradas van directo al centro, listos para ver al próximo artista dar su función, pero no tardan mucho en cambiar sus expresiones a espanto y horror, al encontrarse un cuerpo muerto en el escenario y la sangre corriendo en él. Gritos llenan el lugar, hay un hombre muerto y un asesino suelto.

—Este es el informe del caso, nadie quiere pisar un lugar como ese, lleno de gente rara.... tú sabes..., así que tomarás tú este caso, ¿no debería ser un lugar desconocido para ti, o no? Ya que solo va gente como tú, bueno, fuera de tema, suerte, hablamos luego.

—Que desagradable sujeto.

—Mi nombre es Víctor y llevo 8 años trabajando en el mismo lugar, y esa será mi primera vez tomando el papel de detective, usualmente solo sirvo de ayuda a otros detectives o me quedo en el escritorio recibiendo órdenes, me han descartado en el momento de asignarme un caso, sé que lo hacen por discriminación hacia mi orientación sexual, pero no puedo hacer o pedir más, con suerte quisieron contratarme, no llevo muy buena reputación, pero con este caso demostraré que se equivocan, ya que puedo ser igual de capaces que ellos, hasta incluso mejor, y no porque sea gay significa que no pueda hacerlo.

—Volviendo al caso, no me quisieron dar detalles de la investigación, no hay pistas, no tengo datos de la víctima, y solo el nombre de un testigo de entre todos los que estuvieron esa noche, me lo están haciendo difícil a propósito. Aun así, el equipo de investigación ya debería estar en la escena del crimen, recogiendo evidencia, iré a ver que tienen y si es que tengo suerte poder hablar con el testigo. León Vásquez, 38 años de edad, no está casado, y al parecer trabaja en el cabaret sirviendo alcohol, eso es lo que dice su ficha, de ser así, debería seguir en el lugar.

—Son las 08:00 de la mañana del mismo día sábado, las calles están vacías y en la entrada del cabaret ponen, cerrado por investigación policial. Al entrar se ve que es un lugar muy amplio, todo se encuentra como si se hubiera detenido el tiempo y el cuerpo sigue tal cual como se encontró.

—Al mirar hacia mi alrededor veo que los únicos que siguen aquí son el personal, y algunos pocos artistas, además de los oficiales de investigación, de seguro mi testigo debe estar aquí iré a buscarlo, pero antes me acerco a un oficial forense para preguntarle datos de la víctima y causa de muerte.

—Encontramos su billetera en uno de sus bolsillos, con eso pudimos conseguir algunos datos, se llamaba, Alberto, tenía 40 años de edad, está divorciado de hace 5 años, y trabajaba en el hospital como cirujano. No muestra moretones o algo que indique una pelea, le enterraron un tacón en el cuello lo cual causo el desangrado y la causa de su muerte, al parecer el tacón pertenece a algún artista del cabaret.

—¿No tenías esa información? Se la dimos a tu departamento apenas la obtuvimos.

—No me extraña que me la hayan ocultado, pero por lo menos ya tenemos datos de la víctima, ¿quién era y a qué se dedicaba?, ¿si no trabajaba aquí?, ¿cuál era su relación con este lugar?, ¿habrá sido parte del público esa noche?

—Hey, Víctor, me llama el oficial forense.

—Ese hombre de la barra dice haber conocido a la víctima, quizás quieras hablar con él.

—Me llevo el tacón como evidencia en una bolsa transparente, me servirá para encontrar al dueño.

Me acerco al sujeto, es un hombre alto y delgado, de pelo medio largo y de color azul.

—¿Disculpa?, ¿por casualidad eres León Vásquez?

—Claro, ¿eres detective? Luces como tal, ya te sabes mi nombre, pero puedes decirme Leo.

—Excelente, Leo, mi nombre es Víctor y soy el detective encargado del caso.

—Muy bien, detective, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me han dicho que conocías muy bien a la víctima, entonces necesito que me des toda la información que tengas y cuál era tu relación con él.

—¿Puedo decirte Vic?

—¿Disculpa?

—Sí, es una abreviatura a tu nombre. Víctor me suena muy poco convencional, además creo que te queda mejor, ¿te dije ya que resultas atractivo a mi vista?

—Podemos no desviarnos del tema, ahora dime de dónde conoces a la víctima.

—Ah sí, lo conozco de hace tiempo, fue mi cirujano de cambio de sexo, él se dedicaba a eso, opero a la mayoría del cabaret, ves a esa artista de allá, se agrando las bubis con él, antes las tenía diminutas.

—¿Te sirvo un trago? Tienes cara de que lo necesitas.

—Entonces, ¿me dices que conocía a todos en el cabaret.?

—Claro, además él fue quien me consiguió trabajo aquí en el bar. ¿Sabes tú lo difícil que es que te acepten en un trabajo cuando eres una persona trans. Y si te aceptan, la discriminación que uno

obtiene por parte de los demás, la cual no se justifica con nada, es terrible, no es un ambiente que le desearía a nadie.

—Él siempre pasaba aquí en sus tiempos libres, desde que se separó de su mujer, una terrible mujer, diría yo, de esas que te ponen el pelo de punta. Entonces empezó a venir más seguido, antes como parte del público y después acompañaba a las artistas antes de su función.

—Así que conversaba con las artistas antes de dar su show. ¿Podrías decirme si este zapato pertenece a alguna artista?

—A ver, déjame ver, ohh sí, reconocería esos tacones en donde sea, son de Milk, es una cantante, a ella le gusta usar zapatos con enormes tacones como esos, y hablando de Milk, ahora que lo mencionas, a ella le tocaba en ese momento cuando encontraron el cuerpo del doctor.

—¿Dónde estará ahora? ¿Crees que pudo haber sido ella?

—Tendré que averiguarlo, gracias por tu aporte.

—Espera... ¿no tienes pensado buscarla o sí? Déjame ayudarte, conozco el lugar como nadie.

—Esto es un asunto policial, yo y mi equipo nos encargaremos.

—¿Qué equipo? ¿El mismo que llegó contigo? Vamos, es obvio que a esos tipos ni les importa el caso, se fueron como si nada, de seguro a beber en un bar y mirar mujeres, algo de ayuda no te vendría mal, además conozco todo aquí, ¿qué dices, eh?

—Bueno, en realidad, tienes razón, a estos tipos nunca les importó un lugar como este, y menos gente como nosotros, dudo que le tomen importancia si alguien que no es del departamento me ayude, un poco de ayuda además nunca vendría mal.

—Genial, voy a tomar eso como nuestra primera cita.

—No fantasees, ¿podrías llevarme con las artistas, Leo?

—Sí, sígueme por aquí es.

—Caminamos por detrás del escenario, y recorreremos varios pasillos, ¿quién diría que si era un lugar demasiado amplio?

Llegamos a los camerinos y encontramos a todes les artistas del cabaret.

—Hey, chicas, este es mi amigo Víctor, es detective y está investigando la muerte del doctor, se evitarán grandes problemas si cooperan, ¿alguien ha visto a Milk? Ah, Milk, te estábamos buscando, acércate.

Al fondo una de las chicas que estaba sentada frente a un espejo, se acerca de manera tímida.

—Disculpa, ¿eres oficial de policía?

—Claro, ¿eres Milk?

—Así es, necesito confesar algo..., sí..., yo fui quien atacó al doctor, pero fue por defensa propia. Sabes, yo soy una chica lesbiana, me gustan las mujeres, fui rechazada en varios lugares, y criticada por los hombres y tratada como basura solo por pensar diferente, nunca me avergoncé de decir que me gustaban las chicas, antes cantaba en bares, pero el trato no era bueno, y el acoso hacia una lesbiana para volverla “normal” era terrible, cuando llegué al cabaret todos aquí me recibieron de una forma muy agradable, nunca me había sentido tan bien por ser quien soy, pero luego llegó ese doctor, quien siempre estaba atrás mío, hoy en la noche, se pasó demasiado, estaba preparándome para mi función, cuando apareció él, con sus sucias manos y sus sucios pensamientos, intentando según el convertirme en hetero, porque me iría mejor, decía, y que una chica tan linda como yo no podía ser desperdiciada de esa manera, estaba todo borracho y era muy brusco, así que no aguanté más, y exploté en el momento que me tomó, recordé lo mal que lo pasé con tipos como él y por defensa propia lo atacué con mi tacón y corrí lejos por el miedo; cuando volví, ya estaba la policía y me enteré de que había muerto.

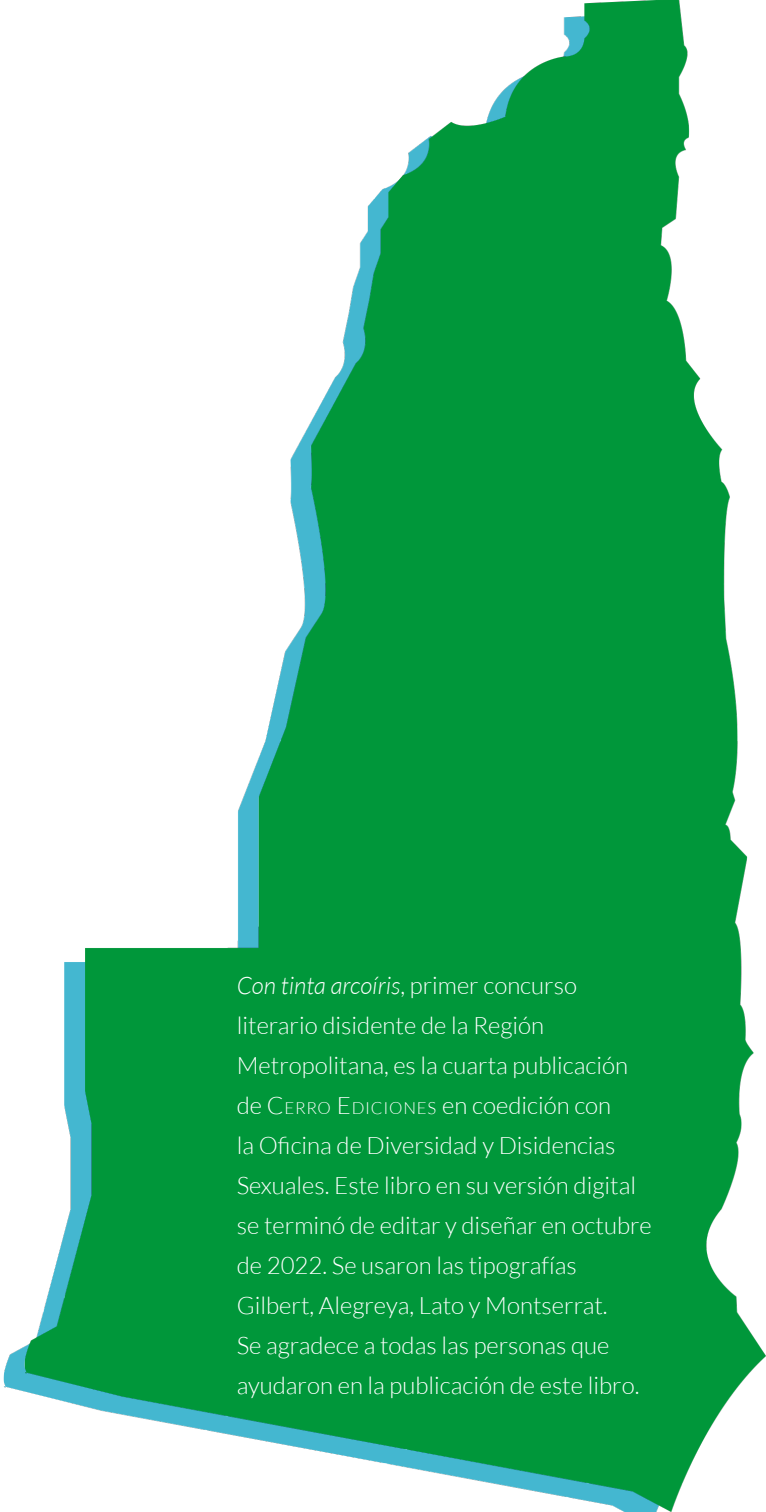
—Gracias por confesar, en ese caso, como defensa propia, los cargos no deberían pesarte, pero el juicio se llevará igual y como eres una persona lesbiana, lo cual nadie te obliga a ocultarlo,

tendrás que decir el motivo de tu acoso, estos policías son demasiado homofóbicos, así que no van a dejarte en paz y buscarán la manera de encarcelarte, pero con lo que no cuentan es que una persona LGBT es una comunidad y entre nosotros siempre nos apoyamos, conozco un abogado muy popular el cual es gay, pero no al público, lo hace lamentablemente por su estatus social, aún así defiende casos de personas como tú, y siempre está dispuesto a ayudar, te aseguro que te ganarás tu libertad y el respeto que te mereces.

—Hey, Vic, ¿siempre se te dan así de fáciles los casos?, ¿o tienes un don de atracción que te ayuda?

—La verdad, Leo, es que es mi primer caso, y no, no fue fácil, hubiera sido mucha más difícil, si no hubiera sido por tu cooperación.

5	Ojos de esmeralda
13	Fotos y una sola letra
18	Reinas de la noche
23	Verte
25	Ciberconexión
29	Le Moulin
33	Todas íbamos a ser reinas
38	La niña zombie
45	Compost pa mi huerta
47	Mi divina pastora de Barquisimeto
48	Levántate muchache
50	Con lluvia también se escuchan
53	Manifiesto no binario
56	Binarismo
59	Fuego soy
63	Ni chicha ni limoná
66	Justicia laboral



*Con tinta arcoíris*, primer concurso literario disidente de la Región Metropolitana, es la cuarta publicación de CERRO EDICIONES en coedición con la Oficina de Diversidad y Disidencias Sexuales. Este libro en su versión digital se terminó de editar y diseñar en octubre de 2022. Se usaron las tipografías Gilbert, Alegreya, Lato y Montserrat. Se agradece a todas las personas que ayudaron en la publicación de este libro.